Los culpables

En la Ronda de Toledo, junto a la verja de la Veterinaria, y entre los puestos de chamarileros que clasifican y exhiben para una increíble reventa toda la escoria de la vida de Madrid, hay una barbería al aire libre.

El establecimiento reduce su mobiliario a dos sillones viejos, una bacía abollada, un anafre [1] cojo con un puchero de agua caliente, tres taburetes y un letrero que revela el humorismo del maestro, SEÑOR LUCAS: *La Suavidaz.—A quincito la barba.—No se azmiten propinas.—Ay desinfeztantes.—Calefacción central.*

Es sábado. Empieza a llegar la parroquia. El SEÑOR LUCAS ejerce con PACO el PUNTALES, un guapo de las Peñuelas. EL RICITOS (aprendiz) desuella a un carretero que tiene el vehículo a dos pasos y que, con la cara llena de jabón, jura como un condenado cada vez que advierte, por los cencerrillos de las colleras, la menor impaciencia en las caballerías.

El SEÑOR ISIDORO, que ha dejado en el suelo el saco en que lleva los chismes de componer tinajas y artesones [2], espera leyendo un periódico.

CEFERINO y VALENTÍN vienen desde el paseo de las

[1] *anafre* o *anafe,* 'hornillo portátil de hierro, barro, piedra, o ladrillo y yeso'.

[2] *artesón,* 'recipiente de base redonda o cuadrada que vulgarmente sirve en las cocinas para fregar'.

Acacias discutiendo acaloradamente. Se paran junto a la barbería; parece que se disponen a aguardar.

El *establecimiento* queda pendiente de su controversia.

VALENTÍN.—*(Tratando de calmarle.)* No te aglomeres, Ceferino.

CEFERINO.—*(Muy nervioso.)* Si no me aglomero, señor...; pero es que tú tiés un *modus vivendi* [3] de discutir, que si no avasallas no te conformas.

VALENTÍN.—Porque te las canto como puños.

CEFERINO.—¿De dónde?

VALENTÍN.—Y náa más. Y un servidor lo que te argumenta con razones inrefutables es que en España la culpa de tóo el atraso en que vevimos las clases neutras la tién los toreros. Así, en rotundo.

CEFERINO.—*(En un tono de guasa castizamente madrileña.)* ¡Azofaifas! [4]

VALENTÍN.—¿Azofaifas?... Mientras quede en España una coleta, el progreso nacional será un mito. Apúntate esa frase y ponle orla.

CEFERINO.—Amos, no seas cursi, Valentín.

VALENTÍN.—¿Cómo cursi?... Pero ¿tú no vas a los teatros ni lees Prensa formal?

CEFERINO.—Yo voy donde haiga que ir... si me convidan, y leo lo que me se presente; pero me juran a mí que del atraso de Cuenca u de Jaén, pongo por cabezas de partido, tien la culpa las dos corridas de toros que se dan al año (y que además no va nadie), y eso no se lo creo yo ni a mi señor padre, que estará en La Gloria.

SEÑOR LUCAS.—*(Aterrado.)* Pero ¿se ha muerto?

CEFERINO.—Me refiero a esa taberna que hay ahí, orilla el Matadero. No alarmarse.

VALENTÍN.—Servidor lo que te mantiene, digas tú lo

[3] *«modus vivendi»*, loc. lat., 'modo de vivir'.

[4] *azofaifas* o *azufaifas*, fruto del azufaifo. La palabra es empleada aquí con valor de negación despectiva. «El motivo vegetal disfruta de bastante aceptación para la negación despectiva: además de las *naranjas*, las *pamplinas* o el *rábano* [...], encontramos *azofaifas*...» (M. Seco, *op. cit.*, pág. 225).

que digas, es que la tauromaquia es la plaga que nos corroe.

CEFERINO.—Pues estás errao.

VALENTÍN.—¿Yo errao?

CEFERINO.—Con hache y sin ella. Que no te se olvide.

VALENTÍN.—*(Con viveza.)* Oye, tú, que eso es faltar.

CEFERINO.—Si es que ya me estás llenando la canasta [5], hombre, que no sabes otra... Que si los toreros, que si los toros, que si la flamenquería... Vaya, ¿quiés que te diga yo de una vez quién tié la culpa de que España sea una merienda u, pa hablarte más en modernista, un lunche [6] de negros?

VALENTÍN.—¿Quién?

CEFERINO.—Pues tú.

VALENTÍN.—*(Asombrado.)* ¿Yo?

CEFERINO.—Sí, señor, porque vamos a cuentas (y no es que te vaya a hablar de las deciocho pesetas que me debes): tú, en vez de despotricar en la taberna horas y horas contra todo lo existente, ¿por qué no te vienes al taller y arrimas el hombrito y trabajas?

VALENTÍN.—*(Con solemnidad.)* Yo no trabajo por patriotismo, pa que te enteres.

CEFERINO.—¡Rechufla!

VALENTÍN.—Ni más ni mangas. Te lo tengo dicho cientos de veces. Yo no trabajo tan y mientras la solidaridad obrera no sea un hecho hecho y derecho y tan y mientras (y fíjate en esto) la explotación patronal no caiga a los embates del coletivismo trabajador.

CEFERINO.—*(Con cierta ironía.)* ¿Coletivismo?

VALENTÍN.—*(Recalcando.)* Co le ti vis mo.

CEFERINO.—Pues si pensase lo mismo que tú la Asunción, que la ties hecha una azacana en el despalillao de la Fábrica Tabacos, ibas tú a comer coletivismo con virutas.

VALENTÍN.—No me desvíes el argumento, Ceferino.

[5] *llenar la canasta*, 'agotar la paciencia'.

[6] *lunche, vid.* nota 8 a *Los pobres.*

CEFERINO.—Si no te lo desvío... Lo que hay es que tú has encontrao una mujer trabajadora y aznegada que te mantiene el pico, y de oficial tallista que eras te has hecho oficial de catre, y te pasas el día en una postura apaisada y agarrao a un socialismo de en su lugar descansen, que me río yo de los peces multicolores.

VALENTÍN.—Oye, tú; poquito caneo [7], ¿eh?..., que no me he quemao yo las pestañas en la biblioteca de la Casa del Pueblo pa que vengas tú a chuflarte [8] de mis conclusiones socialistas...; y mi conclusión es...

CEFERINO.—Tu conclusión va a ser en las Hermanitas de los Pobres si sigues el camino que llevas. Miá el día que te lo digo.

VALENTÍN.—Pero ven aquí, peazo e troncho... ¿Tú has leído a Karapoquine? [9]

CEFERINO.—¿A Cara... quién?

VALENTÍN.—A Karapoquine.

CEFERINO.—Yo no he leído a nadie... pero he vivido unas miajas, y hace treinta y cinco anualidades que me gano los gabrieles [10] con el sudor de mi cuerpecito serrano, y te digo (y cree a un tonto) que en cuestiones de unión trabajadora no conozco más que una unión que no falla.

VALENTÍN.—¿Cuála?

CEFERINO.—La del obrero con la herramienta. Tú agárrate a la garlopa, y diga Karapoquine lo que diga, cocido.

VALENTÍN.—Lo que te pasa a ti es que eres un individualista burdo y adocenao.

---

[7] *caneo,* 'burla'.

[8] *chuflarse,* 'burlarse'.

[9] Karapoquine, por Kropotkin (1842-1921), político revolucionario ruso, cuyas obras e ideas alcanzaron gran difusión en Europa. *Vid.* nota 6. Según Seco *(op. cit.,* pág. 50), «La *e* final de *Krapotkin* > *Karapoquine* [...] debe considerarse como original, ya que seguramente este nombre ruso sería entonces conocido en España a través de la transcripción francesa, *Krapotkine*».

[10] *gabrieles,* 'garbanzos'. M. Seco *(op. cit.,* pág. 377) cita el siguiente texto de Baroja *(Las noches del Buen Retiro):* «Llamaba a los garbanzos los gabrieles.»

CEFERINO.—Lo que soy yo es un sensato, y no vosotros, que sois unos vagos de pronóstico y unos farsantes del cuarenta y dos [11].

VALENTÍN.—No te aglomeres, Ceferino.

CEFERINO.—Y náa más. Unos farsantes que sus balandronáis de coletivismo y de socialismo y de naranjas de la China, y salís por la calle gritando: «¡Abajo los consumos!», y «¡Maura [12], no!», y «¡Gorrínez, sí!», y luego llegan unas eleciones, y vas tú, como hiciste el año pasao, y vendes el voto por dos pesetas y un macho de codorniz.

VALENTÍN.—*(Acorralado.)* Hombre..., aquello fue un compromiso.

CEFERINO.—Entonces, ¿de qué te quejas, so primo? Con obreros que venden el voto, y piensan al diztao, y se pasan el día en la tasca, y no mandan a los chicos a la escuela, y le arrean a la mujer, y no respetan a náa, ¿qué quieres que sea España?... Pues un país que marcha al ragú de la civilización. Pa que veas que yo también sé frases.

SEÑOR LUCAS.—*(Interviniendo.)* Usté la ha agarrao, señor Ceferino.

VALENTÍN.—¿Es que me van ustés a negar que la plaga de los toreros es la causanta del atraso del país?

PACO EL PUNTALES.—*(Amoscado.)* ¡Pero qué tendrá que ver un par de banderillas con la telegrafía sin hilos, señor!

SEÑOR ISIDORO.—¿U es que cree usté que el día que se retire Belmonte van a saber leer de repente tóos los que no han aprendido?

SEÑOR LUCAS.—*(Sentenciosamente.)* Aquí hay toreros porque hay hambre. Porque todos los que penamos en esta vida quisiéramos la felicidad de un golpe. Y pa eso, si es usté pobre, ¿en qué va usté a soñar? Pues en cosas

---

[11] *del cuarenta y dos,* 'de categoría', por alusión al calibre cuarenta y dos de ciertas armas.

[12] Grito de los enemigos de Antonio Maura (1853-1925), importante político español del Partido Conservador que fue Presidente del Gobierno (1907-1909).

que le suban a uno de pronto: en la lotería, en el toreo, en el teatro. De aquí que no haiga padre que no sueñe con tener un hijo Gallito [13] y una hija Tórtola [14].

SEÑOR ISIDORO.—Lo malo es que a lo mejor el hijo le sale a uno calandria y la hija pava.

PACO EL PUNTALES.—Que, en custión de suerte, los volátiles no se escogen.

CEFERINO.—Usté lo ha dicho.

SEÑOR LUCAS.—Son los sueños del hambre, que hacen víctimas. Pero, como ha argumentao muy bien aquí, el señor Ceferino, la ruina nacional no está en los toros ni en los toreros; está en el publiquito.

CEFERINO.—Que es de uva.

SEÑOR LUCAS.—¿Y saben ustés la única receta faztible pa salvar este país cuála es?

TODOS.—¿Cuála?

SEÑOR LUCAS.—Pues muy sencilla: que durante diez años trabajase tóo el mundo y no hablase nadie. Y si al cabo de ese tiempo de aplicación y de silencio no habíamos pogresao en un mil por mil, daba yo un vale con oción a que me se machacase la masa encefálica. He dicho.

TODOS.—¡Ole! ... ¡Muy bien! ... ¡Que sí! ... *(Le ovacionan.)*

SEÑOR LUCAS, después de agradecer conmovido los aplausos, sigue afeitando a Paco.

PACO EL PUNTALES.—*(Dando un grito terrible de dolor.)* ¡Ay! ...

---

[13] Se refiere al famoso torero José Gómez *El Gallo, Gallito* o *Joselito*. Tomó éste la alternativa el 28 de septiembre de 1912, y murió de una cogida en la plaza de toros de Talavera de la Reina, el 16 de mayo de 1920.

[14] Se refiere, sin duda, a Tórtola Valencia, bailarina muy conocida en los primeros años del siglo XX y que algunos historiadores han asimilado a la estética del Modernismo. Acaso algunos rasgos suyos inspiraron a Ramón Pérez de Ayala para el personaje de Verónica, de su novela *Troteras y danzaderas*, y a Gregorio Martínez Sierra para el personaje de Carmelina, de su novela *Tú eres la paz*. Otro escritor, Eugenio Noel, elogió así a esta danzarina: «Quien no la vio bailar [...] no sabe qué cosa sea la danza.»

SEÑOR LUCAS.—*(Con espanto.)* ¿Qué ha sido?

PACO EL PUNTALES.—Náa, hombre; que le han hecho a usté una ovación, pero que no han pedío la oreja, y de poco me la corta usté. *(Limpiándose unas gotas de sangre.)*

SEÑOR LUCAS.—¿Lo estáis viendo? Si es lo que yo decía: trabajo y silencio. Es como se hacen bien las cosas.

TELÓN

El zapatero filósofo o año nuevo, vida nueva

Personas: SEÑÁ NICASIA, cuarenta y cinco años, sus labores; SEÑOR SIDONIO, cincuenta y dos años, zapatero remendón; SEÑOR MELANIO, cincuenta y cuatro años, casquero.

Decoración: tabuco [1] de una portería en una casa de vecindad de la calle del Salitre [2].

Es por la noche del día 31 de diciembre.

ESCENA PRIMERA

El SEÑOR SIDONIO acaba de ser acostado a puñaos en un mísero camastro por la SEÑÁ NICASIA, su costilla [3].

El buen zapatero ha salido de paseo y vuelve a casa con su habitual *violina* [4], que ha aumentado de tamaño por la solemnidad de las Pascuas que transcurren. A cada cosa lo suyo.

SEÑÁ NICASIA.—*(Desesperada, llorosa y recogiendo nerviosamente la ropa esparcida por el suelo.)* ¡Granuja, borracho, ladrón! ... ¡So pregonao! [5]... ¡Mal marido!

[1] *tabuco,* 'aposento pequeño o habitación estrecha'.

[2] Calle muy antigua, en el típico barrio madrileño de Lavapiés, que se denominó primero de San Bernardo, y con su nombre actual desde el siglo XVII, por la fábrica de salitre allí existente.

[3] *costilla,* 'esposa'.

[4] *violina,* 'borrachera'.

[5] *pregonao,* 'malo, dañino, peligroso'.

SEÑOR SIDONIO.—*(Con la voz balbuciente e indecisa del borracho.)* Oye, perla: a ver si no me vas a dar la murga, que no inauguro nada.

SEÑÁ NICASIA.—¡Maldita sea tu alma arrastrá, so pellejo!... ¿A ti te paece forma de volver un hombre a su casa, dando unos traspiés que un día te estrellas?

SEÑOR SIDONIO.—Que no sé qué acera me gusta más y vacilo. A cualquiera le ocurre.

SEÑÁ NICASIA.—Pero ¿y las eses que vienes haciendo, so pasmao?

SEÑOR SIDONIO.—¿También te vas a meter en la caligrafía?

SEÑÁ NICASIA.—¡Anda de ahí, viejo chulo! La culpa la tié mi cuerpo, que te aguanta las granujás que me estás haciendo... ¡Miá si no me hubiá muerto el día que te conocí! ¡Golfo, más que golfo!

SEÑOR SIDONIO.—Amos, no me maltrates, chacha [6], que, al fin y al cabo, eres mi costilla.

SEÑÁ NICASIA.—Pues eso es lo que me duele en el corazón, lo poco que me ha querido Dios. ¡Yo costilla tuya!... ¡Yo costilla de cerdo!... ¡Maldita sea!...

SEÑOR SIDONIO.—¡Que nos han echao las bendiciones, Nicasia!

SEÑÁ NICASIA.—¡Pos si no fuá por eso!... Te iba a aguantar a ti tu nodriza. ¡Miá si no te murieras.

SEÑOR SIDONIO.—Pero, señor, total, ¿qué hago yo pa que me pidas la pena de muerte?... Beberme una copa de tarde en tarde.

SEÑÁ NICASIA.—¡De tarde en tarde, y de noche en noche, y de mañana en mañana, que debías estar abrasao del maldito vinazo!

SEÑOR SIDONIO.—Todos los hombres soplamos, Nicasia.

SEÑÁ NICASIA.—Pero si tú no es que soplas, es que huracaneas [7].

[6] *chacha,* 'muchacha', en tono cariñoso.

[7] *huracanear,* 'soplar fuerte, beber mucho'. Verbo de nueva creación mediante el sufijo verbal *-ear* añadido al sustantivo *huracán.*

SEÑOR SIDONIO.—Créeme a mí, deleite: unos chinchón [8], otros cazalla [9], otros monóvar [10], cualo [11] valdepeñas [12], quién méntrida [13], nos diferenciaremos en el punto geográfico; pero, al remate, todos turcas [14].

SEÑÁ NICASIA.—¿Y por qué no imitas el ejemplo del señor Cosme, el marmolista?

SEÑOR SIDONIO.—Ese es pétreo.

SEÑÁ NICASIA.—Será lo que quieras, pero no lo cata.

SEÑOR SIDONIO.—¡Anda ésta!... ¡Pero si bebe más que yo!

SEÑÁ NICASIA.—Pues yo lo que veo es que vuelve a su casa más derecho que un huso.

SEÑOR SIDONIO.—*(Asombrado.)* ¡Derecho!

SEÑÁ NICASIA.—Sin torcerse lo más mínimo.

SEÑOR SIDONIO.—Le pondrán falsilla [15].

SEÑÁ NICASIA.—¡Falsilla!... Y a ti una cuerda en el pescuezo es lo que te debían de poner.

SEÑOR SIDONIO.—A mí, como no me colguen de tus brazos, no me colgan, reina de mi cuerpo. Eso, júralo. *(La* SEÑÁ NICASIA *le mira indignada.)* Anda, ven aquí y imprímeme un ósculo [16], chacha.

SEÑÁ NICASIA.—Y la ha cogido cariñosa el muy arrastrao.

SEÑOR SIDONIO.—¡No te mereces que sea pa ti lo Abelardo y Eloisa que soy!

SEÑÁ NICASIA.—Pero si tú no quieres ni a la camisa que llevas puesta... a ratos.

SEÑOR SIDONIO.—¿Que no?

[8] *chinchón,* anís de Chinchón.

[9] *cazalla,* aguardiente de Cazalla.

[10] *monóvar,* vino de Monóvar.

[11] *cuálo,* masculino regresivo formado a partir de la forma vulgar femenina *cuala.*

[12] *valdepeñas,* vino de Valdepeñas.

[13] *méntrida, vid.* nota 2 a *Los neutrales.*

[14] *turca,* 'borracho'.

[15] *falsilla,* 'hoja de papel con líneas muy señaladas, que se pone debajo de otro en que se ha de escribir, para que aquéllas se transparenten y sirvan de guía'.

[16] *ósculo,* vid. nota 9 a *Los pobres.*

SEÑÁ NICASIA.—¡Querer!... No digo yo querer, si me apreciaras un poco na más, cómo es posible que me dieras estos disgustos que me estás dando..., que el día menos pensao, de una corajina de éstas, me lleva Dios. *(Llora y registra el chaleco.)*

SEÑOR SIDONIO.—*(Muy afectado.)* Calla, Nicasia. No me hables de tu muerte, que me estoy viendo con la bandera a media asta y me pongo cardiaco de aflición.

SEÑÁ NICASIA.—¡A media asta!... ¡Ojalá!

SEÑOR SIDONIO.—Nicasia, ¿qué dices?...

SEÑÁ NICASIA.—Bueno, menos pamplinas y a ver qué has hecho de las doce pesetas que llevabas en el bolsillo.

SEÑOR SIDONIO.—¡Las doce pesetas!... *(Se tapa cabeza y todo, y luego, ahuecando las sábanas, asoma un poco las narices.)* ¿Tú sabes restar decimales, Nicasia?

SEÑÁ NICASIA.—Yo lo que sé es que de los bolsillos no te saco más que treinta céntimos.

SEÑOR SIDONIO.—Pues si tú, que eres el ministro de Hacienda del chaleco, no sacas más que eso, carcúlate lo que sacaría yo.

SEÑÁ NICASIA.—Bueno, ¿qué has hecho de las doce pesetas, Sidonio? ¡No me consumas la pacencia!

SEÑOR SIDONIO.—Nicasia, no te acalores. Yo te lo contaré todo. ¡Compromisos de los hombres!... Que uno no quiere quedar mal, ¿sabes, gloria?... Verás qué ondisea [17] más funesta. Figúrate que esta tarde salgo de paseo y, sin saber cómo, por una de esas cosas fatalistas que hay, ¡zas!, caigo en la taberna del Cervera. Entro sin darme cuenta, y, ¡plum!, el Califa y el Tirones, que estaban allí. Me ven, se sonríen y me mandan una circular con el medidor [18] diciéndome que juego al mus menos que un quinqué de petróleo. Aquello me picó el amor propio, y ya me conoces: a mí, cuando me pican, me matan. Total: que aceté, nos jugamos tres frascos de tintillo de Rueda [19], dos kilos de chuletas y una flor natural a seis

[17] Etimología popular por cruce entre *odisea* y *onda* del cual surge *ondisea*.

[18] *medidor*, 'que mide una cosa'.

[19] Lugar de la provincia de Valladolid, famoso por sus vinos.

juegos, y cuando estábamos en el bueno, me echaron un órdago a pares que fue mi ruina. ¡Les quise con medias de sotas y me sacaron cuatro reyes! ¡Tenían que jorobarme a mí los reyecitos!... Claro, como saben que soy conjuncionista... En epílogo, te haré la faztura. Seis del gasto, seis; una de puros de a quince escogidos, siete; dos que no me acuerdo, nueve, y el resto, que no sé dónde lo he echao, doce. Salvo error u omisión.

SEÑÁ NICASIA.—Pos no me sale la cuenta.

SEÑOR SIDONIO.—Lo mismo me ha pasao a mí, rica. Y eso que he venido haciendo unos balances que ni el Banco de España; pero hay días que me se ponen los números de una forma, que no doy ni con el diecisiete que es el de casa.

SEÑÁ NICASIA.—*(Fuera de sí.)* ¡Ladrón, más que ladrón! *(Le amenaza.)*

SEÑOR SIDONIO.—Oye, tú: no amagues, que me sobrecojo.

SEÑÁ NICASIA.—¡Golfo, borracho!... ¡Gastarse doce pesetas y no tener ni que cenar en una noche como ésta!...

SEÑOR SIDONIO.—Déjate, tonta; mañana cenamos dos veces.

SEÑÁ NICASIA.—Pos no, no te lo aguanto..., ¡canalla..., ladrón..., arrastrao! *(Golpes, bofetadas, puñetazos.)*

SEÑOR SIDONIO.—¡Nicasia, no abuses de mi impuznidá!

SEÑÁ NICASIA.—¡Asesino..., granuja! ¡Toma, toma y toma!... *(Cada «toma» es un metido horrible.)*

SEÑOR SIDONIO.—¡Socorro, que me muerde! *(Se levanta espantado en calzoncillos y se refugia debajo de una mesa.* LA NICASIA, *hecha una fiera, rugiente, desgreñada, trémula de coraje, enarbola un garrote. En aquel momento aparece el* SEÑOR MELANIO, *vecino, compadre de los contendientes y casquero de profesión.)*

ESCENA II

SEÑOR MELANIO.—¡Pero qué catacumba[20] habéis armao!... ¿Qué pasa aquí?

SEÑOR SIDONIO.—¿Qué quies que pase, hombre, qué quies que pase? *(Vuelve a acostarse.)*

SEÑÁ NICASIA.—Ese ladrón, que me va a matar a disgustos.

SEÑOR MELANIO.—Amos, Nicasia; cálmate y relata la ocurrencia.

SEÑÁ NICASIA.—*(Secamente.)* Yo no relato na.

SEÑOR MELANIO.—*(A* SIDONIO.*)* Relata tú.

SEÑOR SIDONIO.—*(Mirando con ira a su mujer.)* Re... lata... ¡Y que lo digas!... ¡No se puede con estos carázteres, Melanio!

SEÑOR MELANIO.—Pero tú ¿qué haces en la cama?

SEÑOR SIDONIO.—Que me ha dao la jaqueca.

SEÑOR MELANIO.—¿Quién?

SEÑOR SIDONIO.—Mi media mandarina. *(Señala a* NICASIA.*)* Se ha empeñao en que he cogío una merluza y me la está friendo.

SEÑÁ NICASIA.—*(Llorando.)* ¡Cómo habrá venido de borracho, que me ha querido hasta besar!

SEÑOR MELANIO.—¡Qué bárbaro!... ¡Qué desvaríos!... Bueno; un día te va a dar a ti el *delirio tremen,* Sidonio. Que, cuando te calas[21], llegas hasta lo asurdo. ¡Miá que besarla!...

SEÑÁ NICASIA.—*(Vase llorando a otra habitación.)* ¡Maldita sea mi suerte!...

[20] *catacumba,* 'hecatombe', con error semántico que «se debe al recuerdo vago de la palabra que el hablante querría emplear, y que su infiel memoria le sustituye por otra, también culta, que sólo tiene un lejano parecido formal con la adecuada, y ninguna relación en cuanto al contenido» (M. Seco, *op. cit.,* página 153).

[21] *calarse,* 'emborracharse'.

SEÑOR MELANIO.—Y vamos a ver, Sidonio, ahora que no nos oye nadie: ¿por qué no aprovechas la época pa corregirte, hombre? Ya lo sabes, lo dice hasta el dicho: «Año nuevo, vida nueva.» Corrígete.

SEÑOR SIDONIO.—Amos, calla, guasón.

SEÑOR MELANIO.—Sidonio, que te hablo en serio. ¿Por qué no cambias ahora, que estamos a primero de año?

SEÑOR SIDONIO.—*(Sentándose en la cama.)* Pero ¿qué hago yo con cambiar, Melanio?... Si cambiase to lo demás, bueno. Pero ¿qué adelanto con cambiar yo solo? Mira: mañana mi mujer será tan vieja, tan chata y tan derrengá como de costumbre. La taberna estará en el mismo sitio: el vino será mejor, si cabe. Me seguirán fiando. Tú continuarás tan pelma como siempre. Tu sobrina vendrá a que le eche medias suelas, con ese cuerpo tan regordetillo que Dios le ha dao, capaz de hacer pecar, no digo yo a un santo, a un santo... ral. Susistirán el impuesto de inquilinato y la basura en las calles. El pueblo seguirá creyendo que aquí lo que faltan son políticos, y los políticos, que lo que falta es pueblo... Y lo peor es que los dos tendrán razón. Las susistencias estarán en las nubes, y los jornales, en el arroyo. La generación del noventa y ocho seguirá creyendo que es más ilustrada que la «Historia de Don Pirlimplín», que cada dos versos es una viñeta. Todos seguirán diciendo que esto está mal, y nadie procurará que esté mejor. El que trabaja servirá de irrisión al que no trabaja. Las mujeres continuarán cada vez más cortas por abajo y más largas por arriba... Cambio yo, ¿y qué?... Si yo cambio y no cambia to lo que me gusta y lo que me disgusta, seguiré siendo unos días malo y otros bueno, según me arrime a unas cosas u a otras. ¿Me explico, Melanio?

SEÑOR MELANIO.—Sidonio, eres el Chupenaguer[22] de la zapatería. Ahora, que mi ojetivo es que la pobre Nicasia no sufra contigo lo que sufre. Ese era mi consejo.

SEÑOR SIDONIO.—Pues cállate, que tóo se pue arreglar.

[22] Chupenaguer, Schopenhauer, etimología popular por cruce del nombre de este filósofo alemán con el término *chupar.*

SEÑOR MELANIO.—¿Cómo?

SEÑOR SIDONIO.—Entra y dile que, en mi deseo de complacerla, la voy a hacer un cincuenta por ciento de rebaja. ¿Cuántas curdas cojo al mes? ¿Cuatro?... Pues desde primero de año cogeré dos. Un sábado, sí, y otro, no.

SEÑOR MELANIO.—Hombre, es un arreglo. Se lo propondré.

SEÑOR SIDONIO.—Así la contento, y los sábados que tenga vacantes...

SEÑOR MELANIO.—¿Qué?

SEÑOR SIDONIO.—Arrima la oreja. *(En voz bajísima.)* Me voy a tu casa, y allí, los dos solitos..., ¿comprendes?... ¿Qué necesidaz tiene nadie de enterarse?

SEÑOR MELANIO.—*(Admirado.)* Sidonio, Salomón a tu lao, un Cienhigos.

SEÑOR SIDONIO.—Digamos que vamos a hacer, y hagamos como que hacemos..., ¿entiendes? Y si no podemos decir: «Año nuevo, vida nueva», digamos al menos: «Año nuevo, mentira nueva.»

TELÓN